

siempre contra la república, era el ascendiente que podía tomar sobre ella uno de sus grandes hombres; y lo que la hizo perecer, fué su indiferencia para con todos.

Los Atenienses, después de haber sacrificado su gloria para conservar sus pasatiempos, viéron robarse hasta su independencia, y con ella las diversiones mismas que ellos habian preferido á la defensa de su libertad.

CAPITULO IV.

De la Filosofía y Elocuencia de los Griegos.

LA filosofía y elocuencia se hallaban reunidas á menudo entre los Atenienses. Los sistemas metafísicos y políticos de Platon contribuyéron mucho ménos á su gloria, que la perfección de su lenguaje y la nobleza de su estilo. Los filósofos griegos son, por la

mayor parte, oradores elocuentes sobre ideas abstractas. Debo considerar sin embargo en primer lugar la filosofía de los Griegos separadamente de su elocuencia: mi fin es observar los progresos del espíritu humano, y la filosofía sola puede indicarlos con certeza.

La elocuencia, ya por sus relaciones con la poesía, ya por el interes de las discusiones políticas en un país libre, habia llegado entre los Griegos á un grado de perfección que sirve de modelo todavía; pero la filosofía de los Griegos me parece muy inferior á la de sus imitadores, los Romanos; y la filosofía moderna tiene sin embargo, sobre la de los Romanos, la superioridad que dos mil años de meditación mas deben asegurar al pensamiento.

Los Griegos se perfeccionaron por sí mismos, de un modo notabilísimo, durante el curso de tres siglos. En el último, el de Alejandro, Menandro, Teofrasto, Euclides, Aristóteles, denotan sensiblemente los pasos andados en diversas especies. Una de las principales causas finales de los grandes sucesos que nos son conocidos, es la civilización

del mundo. En otro lugar esplanaré este aserto; lo que me importa notar ahora, es cuan propios eran los Griegos para propagar las luces, y cuantos estímulos daban ellos á las tareas necesarias para adquirirlas. Los filósofos fundaban sectas, medio tan útil en aquella era como sería perjudicial en la nuestra. Rodeaban la investigacion de la verdad con cuanto podia herir la imaginacion; aquellos paseos en que diversos jóvenes discípulos se reunian alrededor de su maestro, para oír nobles pensamientos en presencia de un hermoso cielo; aquella lengua armoniosa que exaltaba el alma por los sentidos, aun ántes que las ideas hubieran obrado en ella; el misterio de que se usaba en Eleusis sobre el descubrimiento y comunicacion de ciertas máximas morales; todo ello aumentaba el efecto de las lecciones de los filósofos. Con la ayuda de las maravillas fabulosas, se hacia abrazar diversas verdades al mundo en su infancia. Se inflamaba de mil maneras el gusto del estudio; y los lisonjeros elogios que alcanzaban los discípulos de la filosofía, aumentaban de nuevo su número.

Lo que contribuye á darnos una portentosa idea de los antiguos, son los grandes efectos surtidos por sus obras; no conviene sin embargo juzgarlos con arreglo á esto. El corto número de hombres ilustrados que la Grecia presentaba á la admiracion de lo restante del mundo, la dificultad de los viages, la ignorancia en que se estaba de los mas de los hechos recogidos por los escritores, la escasez de sus manuscritos, todo contribuia á infundir la mas viva curiosidad por las obras célebres. Los multiplicados testimonios de este interes general estimulaban á los filósofos para superar las sumas dificultades que presentaba el estudio, ántes que el método y la generalizacion hubieran abreviado su camino. La gloria moderna no hubiera bastado para premiar semejantes esfuerzos; y era menester nada ménos que la gloria antigua, para infundir la fuerza de vencer tan grandes obstáculos. Los antiguos filósofos lograron, en su tiempo, una fama mucho mas sobresaliente que la de los modernos; pero no es ménos cierto

que los modernos en la metafísica, moral, y ciencias, son infinitamente superiores á los antiguos.

Los filósofos de la antigüedad impugnaron algunos errores; pero abrazaron otros innumerables. Cuando se hallan establecidas las mas absurdas creencias, los escritores que recurren á las luces de la razon, no pueden desprenderse nunca enteramente de las preocupaciones que los circundan. Ponen unas veces un error en el lugar del que ellos refutan; y otras conservan una supersticion que les es propia, impugnando los dogmas recibidos. Tiene por formidables Pitágoras las palabras fortuitas. Sócrates y Platon creian en los demonios familiares. Ciceron temió los presagios sacados de los sueños. Desde que un reves, un pesar de cualquiera especie cargan sobre el alma, es imposible que ella deseche absolutamente todas las supersticiones de su siglo: no es suficiente el apoyo que uno halla en sí, y no nos creemos protegidos mas que por lo que está fuera de nosotros. Estudiándose uno á sí mismo,

verá que, en todos los dolores de la vida, está inclinado á creer á los otros mas que sus propias reflexiones, á buscar los motivos de sus temores y esperanzas en otra parte diferente de su razon. Un ingenio superior, cualquiera que él sea, no puede eximirse por sí solo de aquella necesidad de lo sobrenatural, inherente al hombre; es menester que la nacion forme cuerpo con el filósofo contra ciertos terrores, para que le sea posible á semejante filósofo el impugnarlos todos.

Los Griegos se diéron con locura al exámen de los diferentes sistemas del mundo. Cuanto ménos adelantados estaban en las ciencias, tanto ménos reconocian los limites del talento humano. Los filósofos se recreaban mas especialmente en lo desconocido é inesplicable. Pitágoras decia que *no habia cosa ninguna real mas que lo que era espiritual; que lo material no existia*. Platon, aquel escritor de una tan sobresaliente imaginacion, vuelve de continuo á una metafísica extravagante del mundo, del hombre y amor, en que las

leyes físicas del universo y la propiedad de los afectos no se observan nunca. La metafísica que no tiene los hechos por basa, ni el método por guía, es lo que puede estudiarse de mas cansado; y tengo por imposible no conocerlo, leyendo los escritos filosóficos de los Griegos, cualquiera que sea el encanto de su language.

Los antiguos son mas consumados en moral que en metafísica; el estudio de las ciencias exactas es necesario para rectificar la metafísica, mientras que la naturaleza puso en el corazón del hombre cuanto puede guiarle á la virtud. Sin embargo ninguna cosa está ménos acordada, ni tiene ménos union que el código moral de los antiguos. Pitágoras parece dar el mismo valor á algunos proverbios, á algunos consejos de prudencia y habilidad, que á los preceptos de la moral. Muchos filósofos griegos confunden igualmente los puestos en la moral; colocan el amor del estudio en la misma línea que el desempeño de las primeras obligaciones. El entusiasmo por las facultades intelectuales

sobrepuja en ellos á cualquiera otra especie de estimacion; estimulan al hombre á hacerse admirar; pero no echan una mirada inquieta ó penetrante sobre las penas interiores del alma.

No creo que la palabra felicidad se profiera una vez en los escritos de los Griegos segun la acepcion moderna. No daban un sumo valor á las virtudes particulares. La política era en ellos un ramo de la moral; meditaban sobre el hombre en sociedad; no le juzgaban casi nunca mas que en sus relaciones con sus conciudadanos; y como los estados libres estaban compuestos generalmente de una escasisima poblacion, y que las mugeres eran nulas en la vida*, toda la existencia del

* No se halla ni siquiera un solo retrato de muger en los Carácterés de Teofrasto; en los que su nombre no se pronuncia nunca como el de un ser que forma parte de los intereses sociales. Se me ha objetado el lustre del nombre de Aspasia: ¿Puede probar la suerte de una cortesana el lugar que las leyes y costumbres acuerdan á las mugeres en un país?

hombre consistia en las relaciones sociales; y los estudios de los filósofos se dedicaban esclusivamente á la perfeccion de esta existencia política. Platon, en su República, propone como un medio de acrecentar la felicidad del linage humano, la destruccion del amor conyugal y paternal, por medio de la comunidad de las mugeres é hijos. El gobierno monárquico, y la estension de los gobiernos modernos desprendiéron á los mas de los hombres del interés de los negocios públicos; se reconcentráron en sus familias, y la felicidad no perdió en ello; pero todo incitaba á los antiguos á seguir la carrera política, y su moral tenia por primer objeto darles alientos para ella. Lo que hay de realmente perfecto en su doctrina, no es contrario á este aserto. Si es útil, en todas las situaciones, el ejercer un gran dominio sobre sí mismo, les es necesaria á los estadistas mas principalmente esta facultad.

¡Cuan admirablemente se pinta en la apologia de Sócrates, y en el Fedon, aquella moral que consiste toda entera en la paz,

fortaleza, y entusiasmo de la sabiduría! Si pudiéramos introducir en nuestra alma este orden de ideas, parece que estaríamos inevitablemente armados contra los hombres. Los antiguos tomaban á menudo su punto de apoyo en los errores, en algunas ideas facticias; pero finalmente se sacrificaban ellos mismos á lo que reconocian por la virtud; y lo que nos falta hoy dia, es un móvil para obrar sobre el egoismo: todas las fuerzas morales se hallan reconcentradas en el interés personal.

Los filósofos griegos eran en cortísimo número, y las tareas anteriores á su siglo no les presentaban socorro ninguno; era menester que ellos fueran universales en sus estudios. No podian ir pues muy adelante en ninguna especie; carecian de lo que no se debe mas que á las ciencias exactas, del método, es decir, del arte de resumir. Platon no hubiera podido juntar en su memoria lo que con ayuda de este método retienen los jóvenes hoy dia sin trabajo; y se introducian los errores mucho mas fácilmente ántes que

se hubiera abrazado en el raciocinio el enlace matemático.

Sócrates mismo, en los Diálogos de Platon, toma, para impugnar á los sofistas, algunos de sus defectos; son digresiones, esplicaciones, que no setolerarian ahora. Debemos recurrir á los antiguos para el gusto simple y puro de las bellas artes; debemos admirar su energía, su entusiasmo para cuanto es grande, afectos juveniles y vehementes de las primeras naciones civilizadas; pero es menester considerar todos sus raciocinios en filosofia como la armazon del edificio que el talento humano debe levantar.

Aristóteles sin embargo, que vivió en el tercer siglo, por consiguiente en el siglo superior en el pensamiento á los dos precedentes, Aristóteles puso el espíritu de observacion en el lugar del sistemático; y esta diferencia es suficiente para asegurar su gloria. Lo que él escribe en literatura, física, y metafísica, es la análisis de las ideas de su tiempo. Historiador del progreso de los conocimientos en aquella época, los resume, y coloca segun el

orden en que él los concibe. Es un hombre admirable para su siglo; pero es querer forzar á los hombres á volver hácia atras, el buscar en la antigüedad todas las verdades filosóficas; es dirigir el espíritu de descubrimiento hácia lo pasado, mientras que le reclama lo presente. Los antiguos, y especialmente Aristóteles, fuéron tan consumados como los modernos sobre ciertas partes de la política; pero esta excepcion á la invariable ley de la progresion, depende únicamente de la libertad republicana de que gozaron los Griegos, y que los modernos no conocieron.

Aristóteles está en la mas completa ignorancia sobre todas las cuestiones generales que la historia de su tiempo no aclaró; y no supone existencia del derecho natural para los esclavos. Antagonista de Platon sobre otras muchas materias, no imagina que la esclavitud pueda ser un objeto de exámen; y, en la misma obra, trata las causas de las revoluciones y las máximas gubernativas con una rara superioridad, porque el ejemplo de las repúblicas griegas le habia suministrado la

mayor parte de sus ideas. Si el gobierno republicano no hubiera cesado de existir desde Aristóteles, le serian tan superiores los modernos en el conocimiento del arte social como en cualquiera otro estudio intelectual. Es necesario que el pensamiento sea advertido por los sucesos; así es como examinando las tareas del espíritu humano, se ve constantemente que las circunstancias ó el tiempo dan el hilo que sirve de guía al ingenio. El meditador sabe sacar ilaciones de una idea principal; pero la casualidad, y no la reflexión, hace descubrir al hombre la primera palabra de todas las cosas.

El estilo de los historiadores griegos es notable por el arte de narrar con interes y simplicidad, y por la viveza de algunas pinturas suyas; pero no profundizan los genios, ni juzgan las instituciones. Los hechos infundian entonces una tal ansia, que no trasladaba uno todavía su pensamiento hácia las causas. Los historiadores griegos caminan con los sucesos, siguen su impulso, pero no se paran para considerarlos. Se diria que, nue-

vos ellos en la vida, no saben si lo que es podria existir de diferente modo. No censuran ni aprueban; transmiten las verdades morales como los hechos físicos, los bellos discursos como las malas acciones, las buenas leyes como las voluntades tiránicas, sin analizar los genios, ni las máximas. Nos pintan, por decirlo así, la conducta de los hombres como la vegetación de las plantas, sin hacer sobre ella un juicio reflexivo *. Estas observaciones se aplican á los historiadores de las primeras edades de la Grecia. Plutereo,

* Tucídides es ciertamente el mas distinguido de los historiadores griegos. Todas sus pinturas están llenas de imaginacion, y sus arengas son, como las de Tito Livio, de la mas admirable elocuencia; cuando refiere las desgracias anejas á las turbulencias civiles, pone muy en claro las pasiones políticas, y debe parecer muy superior á los escritores modernos que no tienen que contar mas que la historia de las guerras y reyes. Pero ¿quien podria comparar la filosofia de Tucídides con la de Hume, y la profundidad de su talento con la de Maquiavelo en sus Reflexiones sobre las Décadas de Tito Livio?

contemporáneo de Tácito, pertenece á una época diferente del espíritu humano.

La elocuencia de los filósofos igualaba casi, entre los Griegos, á la elocuencia de los oradores. Sócrates, Platon, querian mejor hablar que escribir, porque conocian, sin hacerse precisamente cargo de su talento, que sus ideas pertenecian mas á la inspiracion que á la analisis. Tenian necesidad de recurrir al impulso y exaltacion producida por el lenguaje animado de la conversacion; buscaban lo que podia obrar sobre la imaginacion, con tanto esmero como los metafísicos exactos y moralistas severos ponen actualmente en abstenerse de todo ornato poético. La elocuencia filosófica de los Griegos suerte efecto todavía sobre nosotros, á causa de la nobleza y pureza del lenguaje. La doctrina pacífica y fuerte que ellos enseñaban, imprime en sus escritos un carácter que el tiempo no ha borrado. La antigüedad sienta bien á las perfecciones simples; sin embargo hallariamos muy monótonos los discursos de los filósofos griegos sobre las afecciones del

alma si los escribieran en nuestros dias; les falta una grande virtud para engendrar la conmocion; que es la melancolia y sensibilidad.

Las opiniones estóicas no unian la sensibilidad á la moral; la literatura de los pueblos del Norte no habia hecho gustar todavía de las imágenes tétricas; el género humano no habia entrado todavía, si es lícito espresarse así, en la edad de la melancolia; luchando el hombre contra las penas del ánimo, le oponia la fortaleza, pero no aquella sensible resignacion, que no ahoga el dolor ni se corre de los pesares. Unicamente esta resignacion puede hacer que el dolor mismo sirva para los mas sublimes efectos del talento.

La elocuencia de la tribuna era, en la república de Atenas, tan perfecta como era necesario para arrastrar la opinion de los oyentes. En cuantos países puede producirse con la palabra un grande resultado político, tiene este talento necesariamente mucho progreso. Cuando se conoce el valor del premio, se sabe anticipadamente qué esfuerzos se tentarán

para obtenerle. La elocuencia era, entre los Atenienses, miéntras que fuéron libres, una especie de gimnástica en la que se ve al orador estrechar al pueblo con sus argumentos, como si quisiera echarle al suelo. El impulso que Demóstenes expresa mas á menudo, es la indignacion que le infunden los Atenienses, y esta ira contra el pueblo, bastante natural en una democracia, aparece incesantemente en los discursos de Demóstenes. Habla de sí mismo con magestad, es decir, con rapidez é indiferencia.

Examinaré, en el siguiente capítulo, algunas de las razones políticas de la diferencia que existe entre Ciceron y Demóstenes. Lo que puede notarse generalmente en los oradores griegos, es que no se valen mas que de un corto número de ideas principales, sea que no se pueda hacer impresion en el pueblo mas que con argumentos espresados fuertemente y esplanados por mucho tiempo, sea que las arengas de los Griegos tuvieran el mismo defecto que su literatura, la uniformidad. Los antiguos, por la mayor parte,

no tienen una grande variedad de pensamientos. Sus escritos son como la música de los Escoceses, que componen tocatas con cinco notas, cuya perfecta armonía destierra toda critica, sin cautivar profundamente el interes.

Ultimamente los Griegos, por mas asombrosos que sean, dejan pocos pesares. Así debia ser un pueblo que daba principio á la civilizacion de la tierra. Tienen todas las calidades necesarias para estimular el progreso del espíritu humano; pero al verlos uno desaparecer de la historia, no experimenta el mismo dolor que la ruina del nombre é indole de los Romanos infunde. Las costumbres, los hábitos, los conocimientos filosóficos, los triunfos militares, todo parecé que no debe ser mas que pasajero entre los Griegos; es la semilla que el viento llevará á todos los parages de la tierra, y que no quedará en donde nació.

El amor de la reputacion era el móvil de todas las acciones de los Griegos, los que estudiaban para ser admirados; sobrellevaban el dolor, para excitar el interes; abrazaban